El rol de los afectos en la constitución y orientación de la agencia animal: una aproximación desde Aristóteles y Martha Nussbaum.

David del Carmen, Fernandez[1]

VIII Encuentro de Investigación en Humanidades

Ficción, agencia y futuro

Organizado por el Grupo de Investigación en Filosofía de la Historia, Epistemología y Semiotica (UNMdP), el Grupo Ars Trópica (UBA) y el proyecto de investigación "Experiencia estética y acción moralmente significativa: afectos, cognición y convicciones" (UNCOMA).

Argentina – 26 y 27 de noviembre de 2026

[1] Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Humanidades. Correo electrónico: davis_carrera@hotmail.com

Resumen

La comprensión de la agencia animal ha estado históricamente condicionada por perspectivas antropocéntricas que tendieron a reservar la capacidad de actuar, reflexionar, decidir y orientar la propia conducta a los seres humanos. Desde esta mirada, las acciones animales fueron frecuentemente interpretadas como respuestas instintivas, mecanismos adaptativos o comportamientos determinados por disposiciones biológicas, dejando en un segundo plano las capacidades perceptivas, afectivas y prácticas que intervienen en sus formas de relacionarse con el mundo. Esta reducción plantea un problema filosófico: si la agencia supone necesariamente deliberación racional y conciencia reflexiva en términos humanos, ¿cómo comprender las distintas formas en que los animales perciben, experimentan y orientan sus comportamientos?

Frente a este problema, el presente trabajo parte de la hipótesis de que los afectos no constituyen meros estados subjetivos que acompañan o motivan las acciones animales, sino dimensiones constitutivas de su agencia. Los afectos, en tanto participan en la valoración del entorno, permiten reconocer aquello que representa una oportunidad, una amenaza o una fuente de satisfacción y, con ello, intervienen en la orientación de la conducta hacia determinados fines. Desde esta perspectiva, la agencia animal no puede reducirse a una respuesta instintiva ni identificarse con una deliberación exclusivamente racional, requiere considerar las capacidades prácticas de los animales, sus formas de experiencia subjetiva, la dimensión afectiva y teleológica de sus comportamientos.

En este sentido, el objetivo de esta ponencia es analizar el papel de los afectos en la constitución y orientación de la agencia animal, examinando su articulación con las capacidades de inteligencia práctica, la experiencia subjetiva y la orientación hacia fines propios. Para desarrollar este planteo, en primer lugar, se recuperan algunos aportes de Aristóteles acerca de las capacidades prácticas de los animales, particularmente sus formas de previsión, aprendizaje y adaptación de la conducta a distintas circunstancias, con el propósito de problematizar la identificación entre inteligencia y racionalidad humana. En segundo lugar, se examina la propuesta de Martha Nussbaum en torno a la sintiencia, los deseos y las emociones, atendiendo a cómo estas dimensiones intervienen en la percepción y valoración del entorno y en la orientación de los animales hacia sus propios fines.

Palabras claves: inteligencia práctica – experiencia subjetiva – sintiencia – orientación teleológica – ética interespecie – animal

Más allá de la respuesta instintiva: inteligencia práctica y agencia animal

Una de las dificultades centrales para reconocer la agencia animal reside en la tendencia a establecer una separación tajante entre las capacidades humanas y las de otras especies. Esta distinción suele apoyarse en la identificación de la inteligencia con la razón y de la acción con la deliberación consciente, mientras que los comportamientos animales quedan relegados al ámbito de lo instintivo. Sin embargo, esta oposición resulta insuficiente para comprender la diversidad de capacidades prácticas que manifiestan los animales. En el corpus aristotélico, la inteligencia no aparece necesariamente circunscrita al *anthropos.* Aunque la razón ocupa un lugar específico en la vida humana, existen facultades animales que permiten reconocer formas de previsión, aprendizaje y adaptación. En este sentido, Aristóteles (1998) sostiene que "por eso se dice que algunos animales son también prudentes, aquellos que parecen tener la facultad de previsión para su propia vida" (E.N., VI, 1141 a 25). Asimismo, afirma que "así lo que en el hombre es arte, sabiduría e inteligencia, corresponde en algunos animales una facultad natural del mismo tenor" (1992, H.A., VIII, 588 a, 30). Estos planteos permiten reconocer capacidades prácticas más allá de la racionalidad humana, sin que ello implique atribuir a los animales facultades idénticas a las nuestras.

Esta distinción exige evitar tanto una interpretación meramente metafórica de la inteligencia animal, según la cual determinados comportamientos solo parecerían inteligentes, así como una analogía que mida las capacidades de otras especies a partir de parámetros humanos. El desafío consiste en reconocer las formas específicas mediante las cuales los animales perciben, se orientan y actúan en sus entornos. La continuidad entre las formas de vida no supone homogeneidad, sino la existencia de capacidades heterogéneas que no pueden reducirse a una escala única de racionalidad. En este marco, resulta significativo la relación entre previsión y conducta práctica. Aristóteles define la *phrónesis* –prudencia– como "un modo de ser racional, verdadero y práctico, respecto de lo que es bueno y lo malo para el hombre" (1998, E.N., VI, 1140 b, 5). Aunque esta definición circunscribe la prudencia, en sentido estricto, al ámbito humano, el reconocimiento de animales capaces de previsión permite advertir que ciertas operaciones prácticas no son exclusivas de nuestra especie. No se trata de afirmar que los animales deliberan mediante el mismo procedimiento racional que los seres humanos, sino de reconocer que pueden anticipar circunstancias, seleccionar comportamientos y orientar sus acciones hacia necesidades vitales o de otra índole. En este sentido, la prudencia animal puede comprenderse, en términos interpretativos, como una forma de inteligencia

práctica vinculada con la conservación de la propia vida, sin confundirla con la *phrónesis* humana en su sentido estricto.

Los ejemplos que nos presenta Aristóteles sobre la cierva, la comadreja y las grullas nos permiten examinar distintas manifestaciones de estas capacidades. Sobre la primera, Aristóteles (1992) señala:

> Entre los cuadrúpedos salvajes, la cierva no es de ninguna manera, según parece, la menos inteligente, por dos razones: por parir al borde de los caminos (pues las fieras no se acercan a estos sitios a causa de las personas) y porque después del parto se pone a comer corion. (…) Además, conduce a las crías a sus refugios para acostumbrarlas a saber dónde hay que refugiarse. (H.A., IX, 611 a, 15-20)

En esta conducta pueden reconocerse previsión, protección y aprendizaje. La elección de un lugar de parto menos expuesto a los depredadores, la eliminación de rastros y la orientación de las crías hacia espacios de refugio muestran una conducta que articula la percepción de las condiciones del entorno con las necesidades de supervivencia. No se trata únicamente de una respuesta inmediata ante un estímulo, sino de una secuencia de acciones orientadas hacia un resultado: preservar la propia vida y la de las crías mediante la selección y modificación de la conducta, así como el de las condiciones ambientales. En este sentido, es posible reconocer una forma de silogismo práctico, siempre que no se lo reduzca a una operación exclusivamente racional o lingüística.

En la comadreja, Aristóteles reconoce otra modalidad de inteligencia práctica, caracterizada por la sagacidad:

> La comadreja muestra también sagacidad cuando se apodera de las aves, pues las degüella como hacen los lobos con las ovejas. Y si combate a las serpientes es sobre todo porque éstas cazan a las ratas, ya que ella también persigue a estos animales. (1992, H.A., IX, 612 b, 35)

La conducta no se explica exclusivamente por la obtención inmediata de alimento, sino también por la relación con otros animales que compiten por un recurso. La interacción con las serpientes permite reconocer un ajuste práctico del comportamiento frente a circunstancias que afectan sus posibilidades de subsistencia. Las grullas, por su

parte, ofrecen un ejemplo de percepción ambiental y organización colectiva. Aristóteles sostiene que:

> También en las grullas parece que se dan muchas actuaciones inteligentes. En efecto, emigran a países lejanos y vuelan a gran altura para observar la lejanía, y si ven nubes y señales de tormenta, descienden a la tierra y permanecen tranquilas. Además, tienen un guía, las rezagadas graznan de manera que las de vanguardia las oigan. (1992, H.A., IX, 614 b, 15-20)

La exploración de las condiciones ambientales, la modificación de la conducta ante señales de peligro y la comunicación durante el desplazamiento permiten reconocer que la agencia animal también se manifiesta en formas de coordinación entre individuos y adaptación colectiva al entorno.

Asimismo, las capacidades prácticas tampoco se limitan solamente a la previsión y la protección, por ejemplo: en determinadas arañas, Aristóteles reconoce habilidades constructivas al referirse a una variedad como "la más hábil y la más bella" (1992, H.A., IX, 623 a, 5). La construcción y reparación de redes, así como la organización de la actividad alimentaria, permiten identificar una habilidad práctica orientada a producir y conservar condiciones necesarias para la subsistencia. Este comportamiento puede interpretarse en términos de *téchne*, entendida aquí como capacidad constructiva, sin atribuir a la araña el conocimiento racional y reflexivo propio de la técnica humana.

Por último, el elefante permite incorporar las dimensiones del aprendizaje y la modificación de la conducta. Aristóteles (1992) señala que:

> El elefante es, de todos los animales salvajes, el más manso y más fácil de domesticar. Pues aprende muchas cosas y las comprende e incluso se le enseña a postrarse ante el rey. Tiene los sentidos muy desarrollados y sobresale por otros rasgos de sagacidad. (H.A., IX, 630 b, 15-20)

Para lograr que un elefante aprenda a inclinarse ante el rey, se requiere la facultad de la memoria, es decir, que pueda recordar lo que aprendió en alguna ocasión y modificar su conducta de acuerdo con la persona presente ante él.[2] En consecuencia, la posibilidad

[2] En investigaciones contemporáneas han identificado capacidades de memoria episódica y planificación futura en animales (Clayton et al., 2003). Estos hallazgos permiten ampliar el reconocimiento de sus

de incorporar comportamientos mediante la enseñanza y la experiencia evidencia una plasticidad práctica que impide reducir su conducta a disposiciones naturales invariables.

En conjunto, estos casos permiten reconocer manifestaciones heterogéneas de inteligencia animal, sin reducirlas a una definición unívoca ni establecer jerarquías entre especies. Desde esta perspectiva, la agencia animal trasciende la oposición entre instinto y razón, pues se manifiesta en capacidades situadas para percibir, aprender, anticipar y modificar conductas según las condiciones de existencia, sin requerir necesariamente formas humanas de deliberación racional. En este sentido, esto nos conduce a la siguiente pregunta: ¿qué orienta a los animales hacia determinados fines y los lleva a modificar sus comportamientos frente a las circunstancias? Abordar dicha pregunta, supone considerar que la agencia no depende únicamente de capacidades prácticas, sino también de los deseos, las emociones y la experiencia subjetiva mediante los cuales los animales valoran aquello que resulta significativo para sus formas de vida. De este modo, el análisis de la inteligencia práctica conduce a examinar el papel de la sintiencia y los afectos en la orientación de la agencia animal.

De la sintiencia a los afectos: la orientación de la agencia animal

Reconocer que la agencia animal se ve influenciada por la sintiencia y los afectos, nos permite preguntarnos lo siguiente: ¿qué lugar ocupan estos en la orientación de sus comportamientos? Los aportes de Martha Nussbaum resultan significativos para abordar este problema, ya que, permiten comprender que la experiencia animal no se limita a la recepción de estímulos, sino que involucra actividad cognitiva, perspectivas subjetivas, emociones, deseos y formas específicas de orientarse hacia el mundo.

En este marco, la sintiencia adquiere una importancia central. Nussbaum sostiene que los animales: "experimentan, al menos, algunas emociones (siendo la del miedo la más generalizada), y muchos sienten otras como la compasión o la pena" (2023, p. 12). Asimismo, señala que las investigaciones científicas "indican que todos los vertebrados y muchos invertebrados sienten subjetivamente dolor y poseen, en general, una visión también subjetiva de las cosas: el mundo para ellos tiene un determinado aspecto" (2023, p. 12). Estos planteos permiten comprender que la experiencia animal no puede reducirse a una respuesta fisiológica frente a estímulos externos. Los animales perciben el mundo desde perspectivas propias, distinguen aquello que resulta significativo para su existencia

capacidades prácticas hacia formas de orientación temporal que articulan la recuperación de experiencias pasadas, su utilización en situaciones presentes y la anticipación de acontecimientos futuros.

y orientan sus comportamientos en función de ello. En palabras de la autora, la percepción consiste en "la capacidad de centrar la atención en objetos presentes en el mundo, no de modo fortuito, sino guiado por una cierta intencionalidad" (2023, p. 149), mientras el deseo en los animales se expresan cuando "sienten una atracción subjetiva hacia aquello que perciben como bueno" (2023, p. 149). Percepción y deseo aparecen, así, como dimensiones articuladas de una experiencia que orienta la acción hacia determinados fines. La articulación entre percepción y deseo permite introducir una dimensión conativa y teleológica en la comprensión de la agencia animal. La primera remite a la tendencia de los seres vivos a perseverar en su existencia y afirmar su propia existencia; la segunda permite reconocer que sus comportamientos se organizan en relación con fines característicos, aun cuando estos no supongan necesariamente una deliberación racional.

Desde esta perspectiva, la propuesta de Nussbaum, inscripta en una tradición neoaristotélica, permite profundizar en la relación entre agencia, capacidades y florecimiento. Su enfoque reconoce que cada criatura posee fines característicos y que su desarrollo depende de las posibilidades concretas de desplegar las capacidades propias de su forma de vida. En este sentido, la agencia animal no se limita solamente a la orientación de los comportamientos hacia aquello que los animales perciben como conveniente o beneficioso, sino que también comprende las condiciones que favorecen o restringen la realización de sus capacidades. Como sostiene la autora, "los animales son criaturas complejas que aspiran a sus fines característicos con la ayuda de la percepción, la imaginación o el pensamiento, así como de deseos y emociones de múltiples clases" (Nussbaum, 2023, p. 150). Esta concepción permite, a su vez, cuestionar la identificación entre consciencia y lenguaje articulado, dado que la experiencia perceptiva y emocional no requiere adoptar una forma lingüística para ser subjetiva. Por consiguiente, la ausencia de lenguaje humano no constituye evidencia suficiente de ausencia de consciencia.

En esta dirección, Nussbaum recurre a la metacognición como uno de los indicios posibles para reconocer formas de consciencia animal, aunque advierte que representa solamente una dimensión de un fenómeno más amplio. Al referirse a conductas de engaño que presuponen el reconocimiento de la perspectiva de otro individuo, sostiene que esto permite inferir una forma básica de consciencia: "el mundo tiene un cierto aspecto para ella también" (Nussbaum, 2023, p. 156). Este argumento permite considerar manifestaciones conductuales y cognitivas que no dependen de una conceptualización lingüística plena. En una línea complementaria, Pablo Crelier (2016) muestra que determinadas conductas flexibles, como la resolución de problemas y el uso de

herramientas, permiten reconocer procesos cognitivos e intencionales que tampoco requieren necesariamente lenguaje articulado.[3] En esta misma dirección, Brian Massumi (2024), retomando los trabajos de Gregory Bateson sobre el juego animal, cuestiona que el lenguaje constituya una frontera absoluta entre lo humano y lo animal, al sostener que las formas prehumanas y preverbales de metacomunicación constituyen condiciones para su emergencia. Como señala Bateson (citado en Massumi, 2024), "resulta apropiado buscar la evolución de tales reglas metalingüísticas y/o comunicativas en un nivel prehumano y preverbal" (pp. 23-24); de allí que Massumi afirme que "el juego animal crea las condiciones para el lenguaje" (2024, p. 24). Por su parte, Felice Cimatti (2021) advierte que discutir si los animales poseen o no lenguaje puede reproducir una oposición que privilegia lo humano como medida de las demás formas de vida, por lo que propone considerar a cada especie "por sí misma, y no en relación a otra" (pp. 147-148). De este modo, la orientación hacia fines no constituye una propiedad abstracta racional o independiente de la experiencia, sino una dimensión de la agencia que se configura mediante capacidades perceptivas, cognitivas, desiderativas, afectivas y comunicativas, sin que estas deban ajustarse necesariamente a los parámetros humanos.[4]

Ahora bien, la sintiencia no puede reducirse únicamente a la posibilidad de experimentar dolor o placer. Nussbaum distingue entre la nocicepción, entendida como captación de estímulos potencialmente dañinos; la consciencia sensorial subjetiva, por la cual el mundo presenta un determinado aspecto para quien lo percibe; y la capacidad de reconocer la significación de aquello que se experimenta, es decir, aquello que resulta beneficioso o perjudicial para la propia vida. Esta distinción permite comprender que la sintiencia supone una experiencia subjetiva en la que percepción, valoración y orientación práctica se encuentran vinculadas. Como afirma la autora, "el dolor no es la única forma de sintiencia (…) la sintiencia es consciencia subjetiva" (2023, p. 169).[5] En este punto, las emociones adquieren una función decisiva. Lejos de constituir estados accesorios que

[3] En esta misma línea, Morales Ladrón de Guevara (2011) y Hochel y Milán (s/f) abordan distintas manifestaciones de razonamiento, representación de la ausencia y autorrepresentación en animales, ampliando los elementos desde los cuales pueden examinarse sus capacidades cognitivas y sus formas de relación consigo mismos y con el entorno.

[4] En consonancia con esta perspectiva, López Gómez (2016) y Bello (2019) destacan la complejidad de los códigos en los sistemas comunicativos animales y su capacidad para expresar distintas afecciones, lo que permite ampliar la comprensión de la comunicación más allá de sus manifestaciones lingüísticas humanas.

[5] A estas consideraciones se suman investigaciones que documentan capacidades de abstracción y habilidades numéricas en animales (Anderson, 2014; *The Quantum Record*, 2023); evidencias que contribuyen a cuestionar la identificación de estas operaciones cognitivas con facultades exclusivamente humanas.

acompañan una conducta ya definida, participan en la identificación de aquello que resulta relevante para la existencia y en la orientación de las respuestas posibles. En este sentido, Nussbaum destaca el papel de las emociones en la cognición y la acción, ya que, estas permiten reconocer oportunidades y amenazas, establecer prioridades y responder a las circunstancias del entorno. Por eso, la autora sostiene que "la percepción y las sensaciones subjetivas –incluidas las de placer y las de dolor–, sumadas a la información sobre lo bueno y lo malo que transmiten las emociones, avisan al animal de dónde se encuentran las ventajas y los perjuicios" (2023, p. 168). Las emociones pueden comprenderse, de este modo, como formas de evaluación práctica que participan en la orientación teleológica del comportamiento, ya que, contribuyen a que el animal discrimine entre distintas posibilidades de acción y se oriente hacia aquellas que resultan significativas para su existencia.

Desde esta perspectiva, la agencia animal articula percepción, deseo, emoción y movimiento intencional. Al buscar alimento, evitar amenazas, proteger a sus crías, responder a situaciones novedosas o placenteras, los animales relacionan aquello que perciben y experimentan como relevante con los fines hacia los cuales orientan sus acciones. La referencia de Nussbaum al silogismo práctico aristotélico permite comprender esta direccionalidad sin reducirla a una operación racional exclusivamente humana, de modo que, los animales reconocen posibilidades favorables para su existencia y actúan en consecuencia. Esta teleología presente en la naturaleza de la agencia animal no precisa que ellos formulen racionalmente sus fines, sino que les permite reconocer una organización práctica de la conducta en relación con sus condiciones de vida. En este sentido, la sintiencia constituye una dimensión fundamental de la agencia, pues los animales no solo padecen o perciben lo que sucede, sino que también experimentan, valoran y responden desde perspectivas propias.

Consideraciones finales

El recorrido desarrollado permitió abordar la agencia animal más allá de su reducción a respuestas instintivas o mecanismos de adaptación. Los aportes de Aristóteles hicieron posible reconocer distintas formas de inteligencia práctica, expresadas en capacidades de previsión, aprendizaje, percepción y modificación de la conducta. Por su parte, Nussbaum permitió profundizar esta perspectiva al considerar la sintiencia, los deseos y las emociones como dimensiones constitutivas de la orientación de la acción. Desde este enfoque, los afectos no constituyen estados accesorios, sino que participan en la

valoración del entorno y en la orientación de los animales hacia sus fines característicos. Reconocer esta dimensión supone comprender que los animales no solo experimentan lo que acontece, sino que también actúan desde perspectivas propias y procuran desplegar las posibilidades de sus formas de vida.

Sin embargo, comprender la agencia animal en estos términos exige ir más allá del individuo aislado y atender a las relaciones que participan en la constitución de dicha agencia. Si los animales perciben, se afectan y orientan sus comportamientos en función de aquello que resulta significativo para su existencia, ¿cómo comprender su agencia desde una perspectiva relacional que contemple la heterogeneidad de los vínculos y las interdependencias interespecie que hacen posible su constitución y transformación? Asimismo, si sus vidas se orientan hacia fines característicos y posibilidades de florecimiento, ¿qué condiciones materiales, territoriales y ecológicas deben estar garantizadas para que puedan desarrollarse? Y, frente a la intervención de las actividades humanas y sus instituciones sobre esas condiciones, ¿qué formas de gobierno y responsabilidades políticas, éticas o jurídicas deberían construirse para garantizar la subsistencia y el florecimiento de los animales, y hacer posible una convivencia que reconozca la agencia y los intereses de las distintas especies?

En definitiva, pensar la agencia animal desde los afectos permite desplazar la discusión desde el mero reconocimiento de la capacidad de sentir hacia una consideración más amplia de las condiciones que hacen posible el despliegue de sus formas de vida. Este desplazamiento abre un horizonte para una ética interespecie que no se limita a establecer obligaciones humanas frente a otros animales, sino que invita a reconsiderar las relaciones, las condiciones de existencia y las instituciones mediante las cuales se organiza la convivencia entre distintas formas de vida.

Referencias

-Anderson, A. (2014, mayo 1). Many animals can think abstractly. *Scientific American*. https://www.scientificamerican.com/article/many-animals-can-think-abstractly/

-Aristóteles. (1992). *Investigación sobre los animales* (J. Pallí Bonet, Trad.; C. S. García Gual, Introd.). Gredos.

-Aristóteles. (1998). *Ética nicomáquea*. Gredos.

-Bello, V. (2019). *Lenguaje humano y lenguaje animal* [Trabajo de fin de máster, Universidad de Oviedo]. DigiBUO. https://digibuo.uniovi.es/dspace/bitstream/handle/10651/59452/Lenguaje%20humano%20y%20lenguaje%20animal.pdf?sequence=4&isAllowed=y

-Cimatti, F. (2021). *Filosofía de la animalidad: Más allá de lo humano* (R. Olivencia del Pino, Trad.). Tercero Incluido.

- Clayton, N., Bussey, T., & Dickinson, A. (2003). ¿Can animals recall the past and plan for the future? *Nature Reviews Neuroscience, 4*(8), 685-691. https://doi.org/10.1038/nrn1180

-Crelier, P., A. (2016). Razones sin lenguaje: El caso de los animales no humanos. *Areté, 28*(2). http://dx.doi.org/10.18800/arete.201602.003

-Elliot, R. (1995). "Ética ambiental" en Singer, P. (ed.), *Compendio de ética*, Madrid, Alianza.

-Hochel, M., & Milán, E. G. (s. f.). *La conciencia animal o el gato con botas*. Universidad de Granada. https://www.ugr.es/~setchift/docs/conciencia_capitulo_3.pdf

-López Gómez, C. (2016). Lenguaje animal en Aristóteles. *Revista Colombiana de Bioética, 11*(2), 24-34. https://www.redalyc.org/pdf/1892/189250583003.pdf

-Massumi, B. (2024). *Lo que nos enseñan los animales sobre política* (A. Abril & A. Noguera, Trads.). Editorial Cactus.

-Morales Ladrón de Guevara, J. (2011). Razonamiento animal: Negación y representaciones de ausencia. *Revista Argentina De Ciencias Del Comportamiento*, *3*(1), 20-33. https://doi.org/10.32348/1852.4206.v3.n1.5231

-Nussbaum, M. C. (2023). *Justicia para los animales: Una responsabilidad colectiva*. Paidós.

-The Quantum Record. (2023, 21 de junio). Scientific evidence of the numerical abilities of animals. https://thequantumrecord.com/science-news/scientific-evidence-of-the-numerical-abilities-of-animals/